

El Discurso del Pan de Vida y la vida en Cristo

El Discurso del Pan de Vida es a fin de cuentas un discurso Cristológico. Es decir, San Juan 6 revela algo sobre quién es Jesús y nuestra relación con Él. Dicha reflexión, por supuesto, se encuentra en el centro mismo de nuestra fe. Antes de que el catolicismo sea sobre la acción social, distinciones doctrinales u opiniones litúrgicas, es sobre la amistad con Cristo. Sólo a la luz de esta base Cristo-céntrica, cualquiera de esos otros asuntos adquieren el enfoque adecuado. Como el Papa Benedicto XVI proclamó famosamente en *Deus Caritas Est*, “Ser cristiano no es el resultado de una decisión ética o una idea sublime, sino el encuentro con un evento, una persona, que da a la vida un nuevo horizonte y una dirección decisiva.”¹ En el Discurso del Pan de Vida, se nos cuenta más acerca de esta persona, Cristo, y el nuevo horizonte y la nueva dirección decisiva que Él da a la vida. Y, en la medida que nuestra Eucaristía sea a fin de cuentas sobre Cristo, así también el Discurso del Pan de Vida puede enseñarnos más sobre la naturaleza de la Eucaristía. En este podcast, me gustaría reflexionar sobre tres temas Cristológicos en particular: la búsqueda de Cristo, la intimidad con Cristo y la pro-existencia.

Primero, la búsqueda de Cristo. Las primeras palabras de Jesús en el Evangelio de San Juan son “¿Qué buscan?” (San Juan 1:38). Esta pregunta anticipa la primera pregunta que Jesús hace después de la Resurrección: “Mujer... ¿a quién buscas?” (San Juan 20:15). Sin duda, tal pregunta revela algo sobre nuestra naturaleza humana. Anhelamos incansablemente algo o a alguien que pueda proporcionar satisfacción máxima. Nosotros, para utilizar las inspiradas palabras de Jefferson Airplane, “necesitamos a alguien a quien amar”, aunque, en las inspiradas palabras de Mick Jagger, “no puedo obtener ninguna satisfacción”, aunque “lo intento, y lo

¹ Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, 1.

intento, y lo intento y lo intento.” Esa hambre y sed (cf. San Juan 6:35) pintan la escena para el Discurso del Pan de Vida. Inmediatamente antes del Discurso del Pan de Vida, Jesús alimenta a los cinco mil, una historia que concluye con la multitud “apunto de venir y tomarlo por la fuerza... y hacerlo rey,” Jesús retirándose a una montaña y después, de noche, caminando sobre el lago hacia Cafarnaúm para reunirse con sus discípulos (San Juan 6:15-16). Al día siguiente, la multitud se dio cuenta de que Jesús ya no está con ellos y, se nos dice que “ellos mismos se subieron a las barcas y fueron a Cafarnaúm a buscar a Jesús” (versículo 24). Uno solamente puede imaginar la tremenda energía y fuerza de trabajo que tomó buscar a Jesús a lo largo de esta narrativa, revelando la energía del deseo de ellos. Al encontrarlo, sin embargo, Jesús los cuestiona: “En verdad, les digo, que ustedes me buscan, no porque han visto señales, sino porque comieron pan y se saciaron” (versículo 26). ¿Qué impulsa sus deseos exactamente? ¿Es la comida? ¿La satisfacción de instintos animalísticos? ¿La sobrevivencia biológica? O, ¿Es algo más? ¿La vida en abundancia quizás (San Juan 10:10)? Jesús pone a prueba aquí la pureza de sus deseos más profundos—o, mejor dicho, de sus amores—como lo hace con nosotros.

En el Discurso del Pan de Vida, Jesús afirma que solo Él puede satisfacer esta hambre y sed: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (San Juan 6:35). Después de expandir esta aseveración durante los siguientes cinco versículos, explicando su identificación virtual con el Padre, Jesús se detiene. Ahora, su público necesita responder. Como un comentarista dice, aquí Jesús “intencionadamente” plantea “la pregunta, ‘¿Es Él de hecho el Hijo de Dios? ¿Es Dios su Padre, o no?’ Ahora está en manos de la multitud. Ellos deben decidir.”² Es un momento de suspenso. La multitud, sin embargo,

² J. Ramsey Michaels, *The Gospel of John*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 2010), 381.

responde con queja: “¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice ahora: ‘del cielo he descendido’?” (versículo 42). Jesús responde explicando más, reiterando sus sublimes y atrevidas aseveraciones. Una vez más, la multitud responde con indecisión cristológica: “Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ‘¿Cómo puede éste darnos a comer su carne’?” (versículo 52). Lo que vemos plasmado en esta historia es una maravillosa paradoja. Por un lado, la multitud busca a Jesús, presintiendo algo más e infinitamente satisfactorio sobre el pan que es Él. Por otro lado, la multitud se enfada ante la verdad que Él ofrece; buscan a Cristo en sus propios términos, negándose a renunciar a sus propias pretensiones. No obstante, el deseo permanece, y el encuentro de la multitud con Jesús suscita este deseo.³ Cristo despierta nuestra hambre de Dios; la iniciativa continúa siendo suya.

Indudablemente, la misma lógica se aplica a la Eucaristía. Congregarse para la Eucaristía comienza en casa. Puede empezar al discutir y negociar con los niños para que se vistan y se preparen. Puede comenzar con conducir a casa de un padre enfermo y sacarlo al carro en silla de ruedas. Puede empezar al levantarse temprano por la mañana para dedicar tiempo a rezar antes de la Misa. Todos estos esfuerzos nos ubican con todas esas multitudes que se subieron a los barcos para navegar por un lago hacia Cafarnaúm para encontrar a Jesús. Y, como ellos, Jesús desafía nuestros deseos. ¿Por qué, principalmente, asistimos a Misa? ¿Por la buena música? ¿Las personas? ¿Las homilias? O, ¿Por un encuentro con el Señor vivo? Aunque no puedan nombrarlo explícitamente y esté enterrado entre muchos otros deseos, en cierto nivel la gente tiene hambre de Jesús cuando asiste a Misa. Después de todo, es Jesús quien a fin de cuentas despierta nuestro deseo de congregarnos en la mesa Eucarística. Es Él quien nos congrega como Iglesia.

³ Véase Michael J. Buckley, *What Do You Seek? The Questions of Jesus as Challenge and Promise* (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 2016), 16.

Esto sirve de excelente transición hacia el segundo tema Cristológico: la intimidad con Cristo. Obtenemos mucho lenguaje participativo memorable a lo largo del Evangelio de San Juan: ¿quién puede olvidar, por ejemplo, el lenguaje de Jesús como la vid y los creyentes como las ramas (San Juan 15:5-7)? Es este tipo de lenguaje íntimo el que escandaliza a la multitud durante el Discurso del Pan de Vida. Como hemos visto, Jesús se identifica con el Pan de Vida. Y, sin embargo, desde luego, ¡el pan está predestinado a ser comido! “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; el que coma de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (San Juan 6:51). Comer algo es, en muchos sentidos, hacer al alimento parte de la propia naturaleza de uno, formar algo único con el alimento y que el alimento forme algo único con uno. Una vez más, cuando la multitud expresa desconcierto ante dicho lenguaje tan extremado, Jesús reitera: “En verdad les digo que, si no comen (*phagete*) la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes. Los que comen (*trogon*) mi carne y beben mi sangre tienen vida eterna” (versículos 53-54). El cambio de verbos para “comer” es revelador aquí. Mientras que *phagein* se refiere a un sentido general de comer, *trogein* se refiere a un masticar físico o crujir de los dientes. Provee "Demasiada información"—por así decirlo. Y sólo intensifica el lenguaje de Jesús sobre comer su carne, la del Pan de Vida. Por eso su público se escandaliza (véanse versículos 60-67), en particular porque nada sería más detestable para su público judío que beber sangre, y más aún sangre humana (véase Levítico 17:10-16). No obstante, este lenguaje puede también recalcar el tipo de pertenencia íntima, inclusive escandalosamente íntima, que Jesús implica aquí. Masticar la carne del Pan de Vida implica saborear el ser mismo de Cristo. Jesús le dice a su público esto a medida que continúa: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (versículo 56). Lo que Jesús implica aquí es un vivir en Él, de tal manera que uno forme un ser

único con Él; Él reiterará este lenguaje más tarde en el Evangelio de San Juan, en el capítulo 15 (15:7-17). Los discípulos no están simplemente llamados a hacer lo que hizo Jesús. Están llamados a que sus vidas se ajusten a la Suya, de tal manera que puedan decir con San Pablo: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gálatas 2:20).

La Eucaristía no ofrece nada menos. Consumir el cuerpo y la sangre de Cristo es ser consumido por Cristo. Como el Concilio Vaticano II lo afirmó en *Sacrosanctum concilium*, “la renovación en la Eucaristía de la alianza entre el Señor y la humanidad atrae a los fieles al amor cautivador de Cristo y los enciende.”⁴ Esto es, como predicó célebremente San Agustín, “convertirse en lo que recibimos.”⁵ Recibir la Eucaristía es vivir con y en Cristo, ser injertados en la vid vivificante que es Él. Esto es lo que la gente apetece cuando se congrega para la Eucaristía. Aún así, el recibir la Eucarística de Cristo no es la recepción de alguna realidad estática y materializada. Digerir el Pan de Vida implica algo mucho más estimulante y mucho más exigente.

Esto nos lleva a nuestro tercer tema Cristológico: la pro-existencia, existencia para otros. De nuevo, recordemos el episodio plenamente Eucarístico que ocurre justo antes del Discurso del Pan de Vida—la Alimentación de los Cinco Mil. Fue allí donde “Jesús tomó aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos que estaban sentados” (San Juan 6:11). Como lo hace en la Última Cena en los Evangelios Sinópticos, Jesús parte el pan y lo reparte a otros, anticipando la ruptura de su propio cuerpo por otros en Su pasión. Tal vez en ningún lugar esté mejor explicada esta lógica pro-existente que en el versículo 51 del Discurso del Pan de Vida: “el pan que yo daré por la vida del mundo es mi carne (*sarx*).” La palabra griega para carne

⁴ Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 10.

⁵ Agustín, *Easter Sermon*, 227.

allí—*sarx*—debería ser reconocible. En el Prólogo al Evangelio de San Juan—donde San Juan magníficamente presenta el drama redentor de la Encarnación—se nos dice que, en Cristo, “[el]Verbo fue hecho carne (*sarx*), y habitó entre nosotros” (San Juan 1:14). San Juan usa la misma palabra para carne allí— *sarx*. Se podría decir que el Discurso del Pan de Vida (especialmente 6:51) interpreta aquí el Prólogo, orientando la Encarnación en una dirección pro-existente. El Verbo se hizo carne para que pudiera ofrecer esa carne para la salvación del mundo. En un mundo de pecado, sin embargo, este don de amor se verá cruciforme. “A menos que coman la carne del Hijo del Hombre y beban su sangre, no tienen vida en ustedes” (versículo 53). Como apunta ingeniosamente un comentarista sobre este pasaje, “mientras que ‘carne y sangre’ pueden simplemente referirse a la humanidad, el ‘comer’ de la carne presupone matar, y ‘beber’ sangre presupone derramamiento de sangre”⁶ En efecto, inmediatamente después del Discurso del Pan de Vida, se nos dice de la traición de Judas a Jesús (versículo 71), cuando Jesús será “dado” para que Él mismo pueda darse para la vida del mundo. Si inmediatamente antes del Discurso del Pan de Vida se encuentra la Alimentación de los Cinco Mil, donde Jesús toma los panes y los reparte, ahora vemos que Él mismo—el Pan de Vida—será repartido al mundo. Por consiguiente, comer del Pan de Vida, vivir en Jesús, participar en Él implica entrar en el dinamismo de entrega de amor pro-existente y que marca el ser Trino de Dios. Sólo al entregarse uno mismo por completo, como Jesús promete, podría uno “tener vida eterna” (versículos 40, 47), “no morir” (versículo 50) y “vivir para siempre” (versículo 58), con seguridad en el Dios eterno.

Tomar parte en la Eucaristía, entonces, es tomar parte en esta lógica pro-existente, la auto entrega pascual de Cristo. Mientras era transportado de Antioquía a Roma para su ejecución, el

⁶ Michaels, *The Gospel of John*, 395.

obispo del siglo II, San Ignacio de Antioquía, encontró consuelo en el Discurso del Pan de Vida: “Quiero el pan de Dios, que es la carne de Cristo, que a su vez es de la semilla de David; y para beber quiero Su sangre, que es amor incorruptible.”⁷ San Ignacio percibió muy bien cómo, en su fidelidad al Evangelio hasta la muerte, su propia vida se estaba transformando en una ofrenda Eucarística. Aunque probablemente en formas menos dramáticas, todos los cristianos tienen un llamado a lo mismo.

Otra voz patristica, la del obispo del siglo IV San Juan Crisóstomo, resume todo lo que hemos estado diciendo con profunda elocuencia:

[Cristo] ha amasado su cuerpo con el nuestro, para que podamos ser una entidad distinta, como un cuerpo unido a una cabeza. Porque esto pertenece a aquellos cuyo amor es fuerte... Esto es también lo que Cristo ha hecho para acercarnos a una estrecha amistad y mostrar Su amor por nosotros. Ha permitido a aquellos que lo desean, no sólo verlo, sino también tocarlo, comerlo, clavar sus dientes en su carne y abrazarlo y satisfacer todo su amor. Volvamos de esa mesa como leones respirando fuego, habiéndonos vuelto terribles para el diablo, rumiando en nuestra cabeza y en el amor que nos ha mostrado.⁸

Este amasamiento Cristológico ocurre en y a través de la Eucaristía, nuestro Pan de Vida. Esto es lo que ansiamos, convertirnos en amor de auto entrega por los demás, unirnos a Cristo.

⁷ Ignacio de Antioquía, *Epistle to the Romans*, 7.

⁸ San Juan Crisóstomo, *Homilies on the Gospel of John*, 46.3.